


y todas las cositas que necesitaba para su encanto. Cuando tenía todo preparado, se fue a la parte del bosque donde más príncipes había visto a esperar que pasara uno apropiado.

Después de un largo rato, llegó un príncipe con cabellos dorados y ojos como el cielo soñador. Era exactamente lo que nuestra amiga la bruja estaba buscando. Ella rápidamente, antes de que pudiera verla, lo hechizó.

El maltrecho príncipe se encontró de pronto en la red mágica de una horrible bruja que cacareaba atterradoramente. ¿Cómo iba él a saber que ella simplemente se sentía feliz de haberlo conocido? El valiente príncipe estaba muerto de miedo. Sacó de su pecho un pañuelo con finos bordados al que le hablaba con nombre de mujer. Le juraba que su amor viviría aunque él muriera. Lo único que lamentaba de morir tan joven, era que no le quedaría tiempo de merecer su manita blanca mediante grandes proezas.

La bruja le dijo que se calmara, que nadie se iba a morir. Que ella lo único que quería era que se enamoraran y vivieran felices. El príncipe la miraba. La escuchaba. Pero no podía creer lo que oía. Por fin decidió que la bruja se estaba burlando de su gran amor, que era lo más puro y noble del universo, y que por lo tanto, la única respuesta digna era un silencio absoluto.

Todas las mañanas y todas las noches, la brujita visitaba a su príncipe cautivo para darle oportunidad de enamorarse de ella. Pero él se negaba a hablarle, se rehusaba a probar los deliciosos murciélagos que ella le preparaba con sus propias manos. Ella no veía que la cosa estuviera progresando. El único signo bueno era que él cada día estaba más pálido y ella recordaba haber leído en alguna parte que ese era uno de los síntomas del amor. Pero el príncipe se estaba pasando de pálido y estaba cada vez más flaco y el brillo había desaparecido de sus ojos soñadores. Ustedes deben comprender que un príncipe sin brillo en los ojos, que no habla, ni come, ni nada, ya no es tan atractivo que digamos. Y la bruja, que no era tan malvada, decidió dejarlo ir. Y así lo hizo.

Pero luego se puso a pensar. Y mientras más pensaba, más se convencía de que era una bruja y que nunca iba a tener un príncipe que la apapachara. Un buen día se enojó. Si ella no podía tener un príncipe propio, nadie iba a tener uno. En un dos por tres, convirtió a todos los príncipes en ranas. Porque como bruja, quiero que sepan, era bastante buena. Y tampoco era tan mala; añadió una cláusula diciendo que si alguna princesa se atrevía a besar a un príncipe-rana, éste volvería a ser príncipe. Sólo que nunca se los dijo a las princesas, y por eso pasó a la historia como la bruja más mala de todas. 

## FEM-LIBRIS

# Calla mi amor que vivo

Calla mi amor que vivo  
Francesca Gargallo

Biblioteca Era / Serie Claves

Francesca Gargallo nos ofrece una historia de búsqueda de libertad y de identidad; de rebeldía frente al autoritarismo; de lucha por cambiar un mundo que no responde a las necesidades del ser joven; de amor y de odio entre generaciones y de ternura y hasta complacencia frente a los iguales.

En la lucha política existe una gran masa de posibilidades, una de ellas es el *no hacer*. Gandhi con la resistencia pacífica, los mexicanos

con el abstencionismo electoral, quienes protestan la injusticia haciendo una huelga de hambre, todos se enfrentan al poderoso con el *no hacer*. Lucía, la protagonista de la historia, decide no hablar hasta no verse libre de la sujeción legal que la obliga a vivir con sus padres y a tolerar su violencia.

“No te hablaré nunca más, no volveré a hablar hasta que sea libre”.

¿Tosudez de niña? ¿Cuántas veces una o uno ha deseado dejar de hablar a quienes la agreden de obra o de palabra? ¿Cuántas veces de pequeñas amenazamos a nuestro padre o madre con no volverles a hablar? Cuántas veces con nuestro



silencio hemos querido hacer ver al otro o a la otra, lo mucho que nos disgusta su conducta.

Lucía lo lleva al extremo. Se vuelve muda por propia voluntad. Le aplica la *ley del hielo* al mundo entero. Utiliza el silencio como arma política para demostrar su inconformidad con el sistema, la familia y la escuela.

“Sí. Que ser menor de edad es estar disminuido, no terminado, como feto de talidomida. Que no poder votar es no poder decir y, por lo tanto, no digo. Que no poder tener dinero es no ser, por lo tanto no soy ni hablo. Que no poder decidir con quién habitar, a quién querer, en qué equivocarse o tener razón es no vivir y los inexistentes no hablamos.”

Al revés de Lucía, Francesca utiliza la palabra escrita y hablada para llevar adelante la lucha social y la lucha feminista, por lo cual debemos felicitarnos. Claro que Francesca es libre, es mayor de edad, es autosuficiente.

Lucía se enfrenta a muchas dificultades en su búsqueda de libertad. Llega a la mayoría de edad y se sacude la tutela de los padres, no aborrecidos pero tampoco respetados. Siente la soledad, la sufre y la triunfa. Aprende a gozarla como la señora Brito que decía: *No estoy sola, estoy conmigo*. Lucía consigo y está contenta y de pronto la invaden.

Francesca nos deja creer que Lucía es libre. Lucía misma lo cree aun cuando está inmersa en una nueva sujeción. Eduardo, el amigo de la infancia y de la adolescencia, el amor sin sexo, el cómplice y sostén de su silencio, tierno, fiel, el

que la aguanta —porque vaya que hay que tener paciencia para soportar a una muda por elección— crece, se hace hombre y la relación cambia, se invierten los papeles. Ahora Lucía protege, es cómplice y sostén y lo tiene que aguantar.

Eduardo se convierte en una especie de hijo de Lucía, como tantos maridos se convierten en hijos de sus esposas, y ella cae en la tan peligrosa trampa de la maternidad abnegada. Es Lucía quien inicia a Eduardo en la inquietud por la lucha social y es él quien después destaca y da las órdenes. Es Lucía quien tiene casa y dinero; Eduardo llega a apropiarse de ambos sin haber sido invitado. Llega sin trabajo y sin dinero y ella, a pesar de que la fastidia un poco, contenta como está de estar consigo, lo deja entrar e imponer las reglas de la convivencia. Lucía es fuerte y tiene que tolerar, apapachar, consolar, remediar las debilidades de Eduardo.

“Después de su padre, Lucía no convivió con ninguna otra imposición. Los hombres que amaba nunca se le hacían pareja y con Eduardo no había pasión que los encadenara”.

No había sexo, pero sí había pasión y cadenas. El hecho de que Lucía no asuma, no se percate de que nuevamente no es libre, hace más difícil su liberación. En esta relación, que parece igualitaria, Francesca nos hace ver el peligro de la imposición del que no tiene autoridad sobre alguien y que, sin embargo, maneja su vida, se la apropia, se la desgasta. No es padre ni marido, no puede pretender mandar; en apariencia no tiene poder, pero en torno suyo gira la vida entera.

A lo largo del libro una está esperando que se resuelva la situación. Una de dos: o los protagonistas se convierten en pareja o Lucía se sacude a Eduardo para ser realmente libre.

El final es inesperado y a cada quien, lectora-lector, le toca decidir si Lucía alcanzó o no la tan ansiada libertad y si pudo identificarse como ser humano autónomo.

era

## SERIE CLAVES

**Nuevos tiempos,  
nuevas narrativas**

## Francesca Gargallo

★ **Calla mi  
amor que  
vivo**

NOVELA

## Dorelia Barahona

★ **De que  
manera  
te olvido**

NOVELA  
PREMIO JUAN RULFO

## Carlos Chimal

★ **Cinco del  
águila**

RELATOS

EDICIONES ERA / AVENA 102  
09810 MÉXICO, D.F. / ☎ 581.77.44  
AGENCIA GUADALAJARA ☎ 12.60.37

